



Buenos Aires
Martes 15 de septiembre de 2026
Temporada N° 74
Exhibición N°: 9072
CINE GAUMONT – INCAA
Sala 1 – Leonardo Favio



- Fundado por Salvador Sammaritano
 - Fundación sin fines de lucro
 - Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
 - Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
 - Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires
- Sitio Web: www.cineclubnucleo.ar
Email: ccnucleo@hotmail.com
Instagram: @cineclubnucleo



VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE

"TRES ADIOSES"
"Tre ciotole" – Italia / España - 2025)

Directora: Isabel Coixet **Guión:** Enrico Audenino, Isabel Coixet (Basado en la novela "Tre Ciotole" de Michela Murgia)
Fotografía: Guido Michelotti **Montaje:** Jordi Azátegui **Música:** Alfonso De Vilallonga **Vestuario:** Massimo Cantini Parrini
Maquillaje: Veronica Beffa, Alessia Iacino **Departamento de arte:** Virginia Granata, Marco Lovisatti, Mariafrancesca Melara,
Valeria Meuti **Efectos especiales:** Leonardo Cruciano **Efectos visuales:** Carmine Agnone, Freweini Ghebresellasie, Serena Giordano, Davide Mazzetti, Pasquale Vitillo **Compañías productoras:** Cattleya, Ruvido Produzioni, Bartlebyfilm, Buena Pinta Media, Vision Distribution, Bteam Prods, Perdición Films, Tres Cuencos, Apaches Entertainment production **Productores:** Riccardo Tozzi, Giovanni Stabilini, Francesca Longardi, Carlo Gavaudan, Marco Miana, Massimo Di Rocco, Luigi Napoleone, Marisa Fernández Armenteros, Sandra Hermida, Alex Lafuente **Productores ejecutivos:** Nicoletta Chinni, Sandra Bonacchi
Postproducción: Simona De Laurentiis **Jefes de producción:** Gianni Eduardo Librobuono, Lorenzo Seri **Asistentes de dirección:** Francesca Gasperini, Leone Mastropaolo, Dario Tomei, Luca Vacchi **Casting:** Sara Casani, Laura Muccino **Script y continuidad:** Tania Scalercio **Elenco:** Alba Rohrwacher (Marta), Elio Germano (Antonio), Silvia D'amico (Elisa), Galatea Bellugi (Silvia), Francesco Carril (Agostini), Sarita Choudhury (Dra. Benati)
Duración 120 minutos

- PREMIOS Y FESTIVALES:**
- 2025 - Festival de Cine de Toronto: Selección Oficial
 - 2025 - Festival de Valladolid – Seminci: Nominada a Mejor Película - Espiga de Oro
 - 2025 - Premios David di Donatello (Italia): Nominada a Mejor actriz secundaria
 - 2026 - Semana del Cine Italiano (Argentina)



EL FILM:

Marta y Antonio se separan después de una discusión menor. Marta reacciona a la ruptura encerrándose en sí misma y el único síntoma que no puede ignorar es una repentina falta de apetito. Antonio, un chef en ascenso, se entrega por completo a su trabajo, pero no logra olvidarla aunque haya sido él quien tomó la decisión de irse. Cuando Marta descubre que su falta de apetito responde a un problema de salud y no al dolor de la separación, su perspectiva cambia radicalmente: el sabor de la comida, la música, el deseo y las certezas sobre sus propias decisiones cobran un sentido nuevo.

CRÍTICA:

La directora se estrena en italiano con una bellísima reflexión sobre la muerte, el desamor, la comida, las croquetas de arroz romanas, el gelato romano y el poder transformador del cine

En un momento de Tres adioses, la protagonista se come un helado de cucurucho. Es un helado de tres bolas que una sobre otra se mantienen en equilibrio precario acosadas por la lengua de Alba Rohrwacher. Los helados de cucurucho tienen algo de desafío a todas las leyes imaginables, a la dieta, a la medida, a la ley de gravedad incluso. Apurando, tomar un helado de cucurucho es la forma con la que el instinto más básico, el del placer, desafía a cualquier modo de represión, a las reglas de urbanidad y a la sociedad misma. Los helados de cucurucho no se comen, se lamen en una batalla cuerpo a cuerpo cuyo objetivo último no es otro que derretir con los labios primero el chocolate y luego el deseo mismo. Los helados de cucurucho son sexo. Son el principio de cualquier revolución futura. Son la hostia. A los helados de cucurucho solo les falta estar prohibidos o ser pecado (o las dos cosas) para ser perfectos. Digamos que la última película de Isabel Coixet se hace fuerte en esta idea, en esta escena y sobre ella levanta un soberbio manifiesto. La última película de Isabel Coixet es un helado de cucurucho de tres bolas. Una sobre otra.

La película adapta dos de los cuentos de la italiana Michela Murgia recogidos en su libro semiautobiográfico *Tre Ciotole* (Tres cuencos). En uno de ellos, una mujer es abandonada por su pareja y cuando más triste se siente, otra tristeza aún más profunda hace acto de presencia para dar nuevo sentido a todo. La autora murió de cáncer y lo que sufre su personaje es la misma y cruel metástasis que coloca a las dos, la de la realidad y la de ficción, a los pies de idéntica muerte. En el otro relato, un hombre deja a su pareja. No sabe muy bien por qué, simplemente hace lo que hace porque puede hacerlo. Y todo ello para darse cuenta acto seguido de la inmensa e irreparable gravedad de su error. La película coloca los dos relatos uno frente al otro y los cose en lo que acaba por ser una misma historia de pérdida, dolor, perdón y comida romana. Él es cocinero y ella, ya se ha dicho, come un helado de cucurucho.

Una descomunal Alba Rohrwacher (la actriz que mejor llora hacia dentro) secundada debidamente por Elio Germano ejercen de maestros de ceremonias (atención al brillantísimo derroche de Francesco Carril) de un melodrama construido con los materiales más propios de la comedia. O casi. Coixet quiere alejarse de los mapas turísticos que colocan lo terrible al lado de lo atroz, lo triste justo en frente de lo irremediable y la Fontana di Trevi al otro lado de la Piazza Navona. Con delicadeza, con pausa, con un desarrolladísimo sentido de observación, *Tres adioses* se va construyendo no tanto delante como dentro mismo de la mirada del espectador. Y lo hace como una tragedia inédita, profunda y hasta divertida, más bella que melancólica; jubilosa de puro desesperada. La perfecta espeleóloga de la intimidad que ha sido siempre y sigue siendo Coixet descubre en el italiano en el que se estrena como directora palabras, gestos y arañazos que bien podrían contar por neologismos. De repente, todo cambia. De repente, la muerte adquiere misterios nuevos. De repente, los helados de cucurucho están ahí como advertencia de una sensualidad que arrasa con los mapas, los libros de metafísica, las normas y todas las leyes imaginables. Los helados de cucurucho como principio de una revolución por venir.

Antes de la escena del helado, Isabel Coixet cita al filósofo Feuerbach. El personaje de Carril es profesor y lee uno de sus libros. El Feuerbach que aparece en *Tres adioses* es el que con su máxima "Somos lo que comemos" no solo se adelantó años a los apóstoles-palizas del pan de levadura madre, sino que -ésta era la verdadera intención de la sentencia- dedicó gran parte de su hegeliano talento a denunciar los estragos y enajenaciones de una Iglesia tan preocupada por las almas como desatenta a los cuerpos. Es decir, un Feuerbach convencido de la necesidad de apropiarse de este mundo aquí y ahora, sin transcendentalismos y sin coartadas místicas. Y, sin embargo, el Feuerbach que mejor se adapta a los modos y abismos de *Tres adioses*, es el otro. O el contrario, mejor. Es el que recuerda cualquier estudiante de Filosofía y que fue fustigado con 11 tesis una detrás de otra por el mismísimo Karl Marx con esa coda irresistible: "Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo". Sí, *Tres adioses* marca un punto muy alto en la filmografía de su directora y lo hace con la voluntad nada oculta de cambiarlo todo, de revolucionar los cuerpos y las mismas almas, de transformar el mundo. Y hacerlo, en efecto, con un helado de cucurucho. De tres bolas.

(Luis Martínez en *El Mundo* - España)

Alba Rohrwacher deslumbra en el drama humano y conmovedor de Isabel Coixet.

La estrella italiana es el centro luminoso de una película encantadora, agridulce y que afirma la vida, adaptada de las obras de la fallecida autora Michela Murgia.

«Me las arreglo muy bien sin ti», canta Nina Simone con su hermosa y delicada voz en un momento crucial de «*Tres despedidas*», de Isabel Coixet ,un brillante drama adaptado de una colección de relatos de la célebre escritora y activista italiana Michela Murgia. Iluminada por igual por una radiante Alba Rohrwacher y por un dulce, pero nunca empalagoso, presentimiento de nostalgia futura (el libro de Murgia de 2023 se publicó solo unos meses antes de que falleciera de cáncer a los 51 años), la película hace justicia a la hermosa canción. Es también una divertida y melancólica oda al arte de la despedida: las pequeñas que salpican nuestras vidas y la gran despedida final. La primera despedida, sin embargo, es bastante banal, aunque, cuando ocurre, resulta casi catastrófica para los amantes a quienes separa. Al regresar a casa después de una inauguración, Marta (Rohrwacher) y su pareja Antonio (Elio Germano) tienen una discusión aparentemente familiar —más bien una riña— que, por alguna razón, esta vez escala hacia un desenlace diferente: Antonio se muda. Durante el período de duelo mutuo que sigue, Antonio, dueño de un restaurante, se vuelca en su trabajo, mientras que Marta, profesora de gimnasia de secundaria, llega a casa y encuentra el grifo goteando en su apartamento vacío, y cena galletas con ketchup. Su hermana (Silvia D'Amico) y sus amigas se preocupan por ella. Marta se preocupa levemente por sí misma, en particular por sus trastornos alimenticios y la pérdida de apetito. Pero, sobre todo, se dedica a sanarse a sí misma de maneras divertidas y extravagantes: mantiene conversaciones unilaterales y llenas de discusiones con una figura de cartón a tamaño real, ligeramente sucia, de una estrella del K-pop que saca de la basura un día, y publica reseñas anónimas de una estrella en internet sobre el restaurante de Antonio, que por lo demás es popular y exitoso. La fotografía en 35 mm de Guido Michelotti es bonita, pero no excesivamente romántica, salvo quizás cuando capta la luz del sol realzando el fabuloso halo de cabello rubio, artísticamente despeinado, de Marta. Su calidez evoca una sensación de confort que se ve abruptamente interrumpida cuando Marta recibe un diagnóstico inesperadamente devastador de su doctora (Sarita Choudhry).

En otras manos, esto daría pie a un típico drama lacrimógeno de la semana, pero Coixet mantiene un tono melancólico y sabio, y centra su atención cada vez más en Rohrwacher, quien, junto con su personaje, parece florecer gradualmente bajo esta mirada constante. Toda personalidad es como un iceberg —el 90% de cada una está sumergida—, pero a veces un shock puede revelar las profundidades ocultas de uno al mundo y a la propia persona.

Así le ocurre a Marta, quien en los meses posteriores a la terrible noticia se distrae de las distintas etapas de su duelo con pequeños dramas que le suceden a ella y a su alrededor, a través de los cuales comienza gradualmente a reconectarse con el mundo: retoma la amistad con Antonio; llama la atención de un colega encantadoramente nervioso (Francesco Carril); e interviene con perspicacia y sin juzgar en los hábitos autodestructivos de dos de sus alumnos. Es como si la luz del atardecer iluminara de repente colores que de otro modo no habría visto en las escenas cotidianas, algo que el sensible guion, adaptado por Coixet y Enrico Audenino, observa en pequeñas escenas realistas que parecen extraídas directamente de la experiencia cotidiana. Los conocedores de las cosas reales que rara vez vemos en las películas disfrutarán, por ejemplo, de la forma en que Marta obtiene los tres cuencos que se convierten en un símbolo de su apetito por la vida (el título del libro de Murgia se traduce como "Tres cuencos: rituales para un año de crisis") no de una manera profunda y significativa, sino como recompensa por puntos en la tarjeta de fidelización de su supermercado local.

En ciertas escenas, la conversación resulta agradable, con personajes que intercalan aforismos ingeniosos como «No soy lo suficientemente valiente como para rechazar una invitación de gente que no me agrada». Pero la película es más conmovedora en sus momentos más tranquilos, cuando la despedida más larga y dolorosa se transforma en algo parecido a la aceptación, teñida de gratitud por los momentos que aún quedan por vivir. La asombrosa habilidad de Rohrwacher para hacer que incluso el momento más íntimo de autorrevelación resulte inusualmente interesante de ver rara vez se ha aprovechado mejor que en los atisbos que a veces vislumbramos aquí, de una reserva de calma interior tan inmensa que parece que debe trascender de esta vida a la siguiente.

Puede que suene sentimental y un poco cursi, pero no debería. Preguntarse de vez en cuando cómo te recordarán después de tu partida es útil e instructivo para la clase de persona que quieres ser mientras estés aquí. En algún momento del futuro, ojalá que no pronto, pero sin duda antes de lo que te gustaría, el mundo entero se las arreglará sin ti perfectamente, salvo a veces. Y es entonces cuando debes esperar haber vivido una vida como la que se celebra con tanta elocuencia serena y conmovedora en «*Tres despedidas*»: una vida que será recordada con cariño.

(Jessica Kiang en *Variety* – EE.UU.)

Se ruega apagar los celulares, gracias! / No se pueden reservar butacas.